

¿HACIA DÓNDE CAMINA LA FAMILIA?

**Autor: Jesús Álvaro Sierra Londoño
Instituto de la Familia – Universidad de La Sabana**

No deja de ser llamativo el constatar que mientras la economía, la política, los centros educativos, los centros de poder, las empresas mercantiles, las bolsas de valores y en general, prácticamente todas las actividades humanas importantes consultan los signos de los tiempos y establecen proyecciones a futuro basados en comportamientos presentes y pasados, la familia, célula fundante de la sociedad y responsable, para bien o para mal, de buena parte de lo que sucede en ésta, es abordada por educadores, antropólogos, psicólogos, sociólogos, artistas, salubristas y demás responsables de las ciencias humanas, como objeto de estudio que se explora en el pasado, se disecciona en el presente, pero muy pocas veces se proyecta en el futuro.

Quizás su dinamismo complejo, o tal vez su diversidad constitucional y los añadidos sociológicos, jurídicos, económicos, etc., que a diario se cuelgan a la realidad familiar añadiendo diversidad e impredecibilidad, sean las causas de ese temor cervical a proyectar el tema hacia el futuro.

“Yo – dice, no sin cierta razón, el padre de familia corriente – trabajo, me esfuerzo y lucho por mis hijos en el presente, pero, ¿quien puede asegurarme lo que será de ellos en el futuro? “. Otro tanto podría afirmar el educador, que aporta lo mejor de sí al proceso educativo de sus pupilos; a su juicio, el accionar pedagógico puede ser óptimo, pero los resultados finales son la amalgama de éste con otros factores altamente aleatorios, que convierten el “producto al término del proceso” en una verdadera caja de sorpresas. Y ni que decir de aquellos que responden por las políticas familiares a nivel estatal.

La mujer que hoy está contrayendo matrimonio en los mejores términos y con los mejores prospectos, mañana – y este mañana puede estar representado en pocos años, o aún meses- puede ser separada, abandonada de su cónyuge, madre cabeza de familia, miembro de un hogar descompuesto o simplemente haber retornado al hogar paterno con sus hijos. Así las cosas, ni con bola de cristal nos atreveríamos a

hacer predicciones a futuro, sin que corramos el riesgo de no acertar, quedarnos cortos en las predicciones o tornarnos excesivamente pesimistas.

Queda un camino frente a éste panorama incierto y no pocas veces sombrío. Es, no cabe duda, la hora de la conciencia, de la dignidad, del protagonismo, y por supuesto, de las rectificaciones. Si antes la familia ejercía protagonismo indiscutido en el seno de la sociedad, pero, en términos generales, no era consciente de ello y después – hasta hoy- fue perdiendo ese protagonismo, al punto de limitarse simplemente a reaccionar a los impulsos y motivaciones del medio social y cultural, como si de una veleta se tratara. ¿Por qué no dar nacimiento a una nueva época, más fecunda y consciente, en la que la familia proponga y aporte una alternativa remozada, más justa, gozosa, optimista, que enrumbé los destinos de la humanidad por senderos de progreso, solidaridad y justicia social?

La sociedad, tal como muchas personas la asumen, puede pasar de ser un ente real, a convertirse en una especie de entelequia, de la que todos hablan sin que nadie termine de darle contornos nítidos. Ese conglomerado de seres impersonales que amenaza nuestra subjetividad; el medio ambiente que se cierne sobre padres y educadores como amenaza fantasmal; la calle o el espacio público, pletórico de oportunidades y peligros por igual, que muchos imaginan como una gran feria pueblerina de día festivo que ocupa toda la ciudad; todo eso y muchas apreciaciones más, hacen de la sociedad una realidad imprecisa, de corte negativo y difícil de compaginar con los conceptos persona y familia, que en las ópticas anteriores se ven más como clientes o víctimas que como constituyentes primarios de ella. En otras palabras, la sociedad no es un concepto equiparable al medio ambiente; algo que hace como de sustrato para la persona y que puede afectarla positiva o negativamente desde afuera. ¡No y muchas veces no!... La sociedad es ante todo un conjunto de personas con todos los dinamismos que éstas pueden generar a partir de sus relaciones; y si alguien diagnostica que la sociedad está enferma, es porque sus miembros, las personas, están a su vez enfermas en primera instancia y no precisamente a consecuencia del mal social.

Otro tanto podría predicarse de la cultura como constructo social. A la cultura la estructuran las personas, y posteriormente ella, por procesos de retroalimentación ejerce un influjo secundario sobre cada uno de los sujetos; pero son estos los que lloran, ríen, se sobrecogen frente a lo bello, o se duelen de la ignorancia y la pobreza.

Pero, ¿Qué es la familia?

La familia, en términos simples, es una comunidad de personas, unidas por una muy específica capacidad de amar, que genera una comunicación de bienes y servicios enriquecedora y fecunda, responsable en última instancia del crecimiento tanto

numérico como cualitativo de sus miembros y de su apertura hacia fuera del ámbito familiar, dando origen así al entramado social.

De esta definición lo más determinante, aunque no faltan voces que lo encuentran poco realista y excesivamente romántico, es el amar; Así como suena; amar, que es verbo, no sustantivo; porque si el amor es un producto perecedero, el amar es acto libre de la voluntad que le perfecciona y refresca en el ejercicio cotidiano de la convivencia familiar. Cuando el amar no se conjuga en todos los tiempos de la cotidianidad hogareña, el amor, como su producto inmediato, va desapareciendo de los anaqueles, depósitos y dispensadores de la casa; pero como es producto de primerísima necesidad, una vez se termina, los miembros de la familia languidecen, sus vidas se hacen carenciales y raquílicas y han de salir fuera a buscar lo que en sana lógica debe aportarles su familia. Son éstos seres famélicos del corazón, débiles para la convivencia y muy mal dotados a la hora de las aportaciones, quienes recorren nuestras calles y plazas como mendigos de afecto en busca de un sustento que la sociedad competitiva, impersonal e insensible, no sabe dar.

Es la hora de los sucedáneos, y para entonces, el dinero, los placeres sensibles y el poder, entre otros, se insinúan tratando de llenar un vacío que sólo el amor puede llenar.

Una vez ésta realidad golpee fuerte y se convierta en certeza, éstos seres desdichados que no pueden acceder al amor por los cauces normales, irrumpirán como ladrones furtivos en los hogares de otros como depredadores de la fidelidad, la juventud, la inocencia y la virtud, bajo el supuesto de que la vida ha sido injusta con ellos y no pueden gozar otros, lo que ellos mismos no han podido disfrutar.

Pero el amar no es un botín de guerra, ni salta en la vida de las personas como producto del azar; antes bien, es producto eximio de una determinada forma de ser, de una riqueza interior que genera una actuar virtuoso, enriquecedor – para quien lo ejerce y para quien se beneficia de él- es fruto maduro que se gesta y desarrolla en entornos formativos signados por el amor, el respeto, el espíritu de servicio y la clara voluntad de educar en positivo.

El amar, como distintivo fundamental del quehacer familiar, lleva implícita la libertad, su acompañante propio y natural. Todas las variantes del amar humano, pero por sobretodas ellas el amar de la familia, hunde sus raíces en una decisión libre de un hombre y una mujer que con un suficiente grado de madurez se auto poseen y por tanto pueden hacer real la donación del uno al otro, con responsabilidad en el presente y fidelidad hacia el futuro para que su determinación no sea impulso bien intencionado pero incierto de amantes que deben cada día auscultar el corazón propio y de la pareja en busca de indicios que permitan certificar que su amor no ha muerto.

Lo permanente de la familia:

De todo lo afirmado hasta aquí, pueden deducirse los factores que permanecen como constantes propias y naturales a la realidad familiar. He aquí, en apretada síntesis, un recuento de ellos:

1. La condición masculina y femenina como sustrato básico e inmodificable de la conyugalidad y la familia.

Varón y mujer poseen una condición diferente, complementaria que garantiza la atracción básica, original e imprescindible que permite: el reconocimiento del otro como distinto; su identificación como realidad buena, adecuada y conveniente que atrae sin dar lugar a la duda; la funcionalidad de la unión entre ambas polaridades que satisface, plenifica y hace fecunda la relación.

2. El amar como cemento estable que hace posible la unión de las partes implicadas y posibilita la convivencia enriquecedora y fecunda aun en ausencia de hijos.

3. La libertad de los cónyuges, que es fuente de poder en la familia y responsable íntima del amor como su fruto más perfecto.

4. La libertad como disposición para amar, y el amor mismo como condición estable que se fortalece en la atracción varón- mujer, son condición de posibilidad para una convivencia que permite un proceso, no pocas veces arduo y tortuoso, pero que hace crecer y da fortaleza contra el dolor y las contradicciones que la vida siempre lleva implícitas. Proceso intimidante que el amor hace gozoso y feliz, aún en medio de las contradicciones; pero proceso al fin, nunca hecho cumplido, meta o conclusión de cuento de hadas; porque donde los cuentos de hadas terminan, comienza el trasegar de una familia, modesto en unos casos, accidentado en otros, pero siempre grande, noble... heroico.

5. La familia como entorno educativo y humanizador, que personaliza al individuo y hace posible la sociedad solidaria y próspera.

Para el ser humano, nacer a una sociedad sin que en el hecho mediara la realidad familiar, sería tanto como ser arrojado fuera, al vacío, a la oscuridad, al anonimato; débil en lo físico y totalmente vacío en lo psíquico y lo espiritual; como un expósito, sin nombre, sin historia previa, y sin genealogía, que arrastra sus carencias en medio de otros seres, también carenciales que compiten por el reconocimiento, la acogida y el derecho a sobrevivir, en medio de un recurso escaso y altamente competido en unas relaciones signadas por el miedo, la intolerancia y la exclusión; porque la sociedad sin familia o con familias desnaturalizadas, que no funcionan

como tales, es deshumanización, despersonalización, retorno a un estado de naturaleza primitivo.

Para quienes encuentran exagerado el planteamiento, basta echar una mirada a nuestras sociedades del tercer milenio, con crecientes masas poblacionales de expósitos, arrojados a la marginalidad, que medran en los cinturones de miseria de las grandes ciudades y son pasto de la droga, el licor, el pandillismo y tantas formas más de lepras sociales, sobrellevando una dolorosa constante que en ellos imprime una marca indeleble: el ser expósitos (sin familia) en una sociedad que no tiene solución para sus carencias, ni puede aportar un nombre, un reconocimiento y una acogida a quien surgió de la clandestinidad, la marginalidad y el anonimato.

Lo cambiante de la familia:

Todavía es posible hoy, constatar, a partir del testimonio de personas mayores, que hace 60 o 70 años, aquello que ahora denominamos la sociedad, era entonces un círculo de personas que regían sus vidas por ideas claras, simples y bien determinadas, mientras bostezaban al vaivén de un dinamismo lento que alargaba el tiempo y daba lugar a la reflexión, la tertulia, el té de señoras, las conversaciones del comadres, etc. Ahora nos asombra el ritmo atropellado de la vida, la increíble sucesión de los cambios en todos los frentes de la actuación humana; la fugacidad de las tendencias políticas, las modas, los usos y las costumbres; la angustia que a casi todos atenaza – aún a los jóvenes- al constatar la celeridad en el paso del tiempo; en fin, la conciencia del tiempo como corriente que atropella, arrasa, y torna fugaz la vida.

Este mismo dinamismo loco que afecta la vida al punto de generar la sensación de que no es uno el que va sino que a uno lo llevan, ha penetrado la familia, agrietando por los cuatro costados aquella armonía ancestral que hacía exclamar a todos a su regreso a casa: “hogar dulce hogar”.

Quizás no sea el “estruendo” de afuera, ese que se filtra en el interior de las familias a través de los equipos de sonido, la radio, la televisión o el ronroneo de la lavadora automática, el efecto más siniestro del dinamismo actual. Todos éstos ruidos juntos pueden inclusive ser compatibles con “paz familiar” Lo realmente atropellante es constatar que ya no es la familia la que domestica costumbres y hace digestión a tendencias, modas e ideologías; Antes bien, éstas irrumpen en la tradicional estabilidad familiar, y como intrusas que llegan para quedarse, transforman o desgarran principios, valores, tradiciones, usos y estilos; no abandonando el campo, sino ante nuevas oleadas de cambio, que se suceden a ritmo vertiginoso, con una única constante malévola: la transitoriedad. Por obra y gracia de ésta nueva dinámica que afecta a la familia, todo está picado de fugacidad. Pero todo lo que dura poco pierde importancia a los ojos de quien lo sufre o lo disfruta, tornándose trivial, leve, “

de poca monta”. Entonces un manto de liviandad arropa todas las realidades que configuran la cotidianidad familiar, tornándolas acomodables, negociables, sustituibles. Tan fácil como fue prescindir de la vieja poltrona del abuelo, que ya empezaba a estorbar en la sala pequeña del pequeño apartamento, fue renunciar a principios que a los ojos de los “afectados” se fueron haciendo mastodónticos, insufribles y por tanto, imposibles de ser conservados. Allí cayeron la permanencia del vínculo matrimonial, la lealtad entre los miembros de una familia, el respeto a los amigos, la fidelidad a los valores recibidos, la transmisión de una fe y una doctrina, no sometida a revisionismos etc.

De la transitoriedad que afectó todos los resquicios de la vida familiar, al relativismo que todo lo tolera, todo lo comprende y todo lo perdona, se pasó sin solución de continuidad. Todo se permite, todo se promueve, todo es posible, menos, claro esta, cualquier intento por preservar la ortodoxia doctrinal, los valores y principios de siempre o la sensatez a la hora de juzgar los cambios. A éstos últimos se les denomina “moralismos”, conservadurismo, intolerancia y se les combate sin compasión ni claudicaciones.

Estos nuevos vientos que pusieron a prueba los cimientos de la institución familiar con la intensidad del ciclón, arrasaron prontamente todos aquellos hogares que se habían constituido sobre arena. Se vinieron y se siguen viniendo abajo todas las familias que renunciaron a su autoridad y su protagonismo, dejando que todo tipo de corrientes ideológicas de dudosa idoneidad se enseñorearan de sus definiciones, sus principios y sus pautas valorativas.

Miles de hogares en el mundo entero renunciaron a sus raíces y en un frenesí de cambio indiscriminado, juzgaron insensato el construir convivencias familiares con cimientos profundos a sabiendas de que todo –familia incluida- es endeble y transitorio.

De éste carnaval de cambio y trivialización no se logró sustraer a ninguna de las variables de la vida familiar; aunque algunas salieran más maltratadas que otras, o su afectación, así fuera mínima, reportara más trastorno para el conjunto total.

Veamos someramente algunas de éstas variables afectadas, en una secuencia que no pretende ser ni ordenada ni exhaustiva.

1. El amor:

Gilles Lipouvetzky en su obra “La tercera mujer”, consagra una perogrullada que no admite discusión: “El amor será siempre el amor” . Pero su afirmación sólo es válida cuando se refiere al amor como concepto y que bien podría escribirse con mayúscula. Detrás de él vienen, en la más variopinta diversidad los amores

concretos, de carne y hueso, desde el amorcillo del avaro a su muy manoseado tesoro, hasta el amor heroico de quien da la vida por aquel o aquellos que ama. En el medio, devaneos, enamoramientos apasionados, amoríos, amores sin más y otras mil acepciones que incluyen casos frente a los que uno se pregunta “pero bueno, ¿A esto por qué se le llama amor?”

A todos ellos se les permite entrar a la intimidad del hogar; a algunos de ellos por la puerta principal y a otros más por la puerta trasera, más propia de la servidumbre, los piratas y los ladrones furtivos.

A ese amor familiar que echa raíces en la decisión fundante de los esposos, libre, responsable y fiel, porque así lo exige la realidad y la dinámica familiar, se le fue haciendo Light y descafeinado; sólo capaz de medrar en circunstancias positivas y favorables, de contornos definidos y muy poco resistente a las inclemencias del tiempo. Por supuesto, éste nuevo amor conyugal que se nutre de romance, conveniencias y buenas noticias, no conoce de dolores, negaciones o contradicciones; no maltrata las espaldas de quien lo lleva a cuestas y es liviano como el viento; tanto, tanto, que quienes lo pierden, ni siquiera se esteran a tiempo cuando eso ocurre. Se va como llega; furtivo, circunstancial, sin pena ni gloria, sin dejar ningún anclaje aunque en el fondo del corazón quede un sentimiento de escepticismo difícil de remover.

Por fortuna, el amor verdadero es tan perenne y tenaz como la hierba y a nivel humano posee su manifestación más perfecta y acabada en el amor de los esposos, que cuando es auténtico, sustenta con insustituible suficiencia el amor a los hijos, a los vecinos, a los amigos, a la patria y a todo lo que incluya en su realidad algo de bondad y belleza aún en medio del dolor y las contrariedades que toda vida humana experimenta; superando incluso la perniciosa influencia de aquellos que vieron morir su amor de esposos cuando el amoblado del hogar era aún nuevo.

A ésta cultura del amor que se percibe como “un aleteo de mariposas en el estómago” y que en efecto es tan fugaz como éstas, se ha de enfrentar la cultura del amor como proceso que comienza con el inicio de la convivencia y va madurando lenta y paulatinamente, acrisolándose al calor de un compartir y de un darse mutuamente, delicado, respetuoso, tolerante, como conviene a todos los procesos que implican realidades valiosas.

2. El hijo:

“Amar es fecundar en la belleza”, afirmó alguna vez Platón, confirmando algo que durante mucho tiempo pareció evidente: los hijos como fruto del amor de sus padres. Lo problemático y complejo de ésta realidad es que el amor se puede degradar, desnaturalizar, o simplemente, no existir, dejando el lugar libre a la

pasión sexual descarnada y desasistida que se retroalimenta en los dinamismos del placer y hunde sus raíces en el “ámate a ti mismo” que nunca encuentra al otro.

Esta realidad del erotismo humano; no nueva, pero si de frecuencia creciente, a resueltas de un estímulo sexual magnificado y ubicuo, gracias a la publicidad, nos enfrenta a un problema complejo: el hijo. Pero no cualquier hijo, sino aquel, que habiendo burlado los controles, irrumpe como intruso en la intimidad de los amantes, se cuelga en la vida de aquellos esposos que solo quieren gozar a sí mismos sin interferencias, asoma sus narices a los romances apasionados e irreflexivos de los adolescentes, penetra como ladrón furtivo a los hogares de quienes han llenado la cuota de hijos deseados o llega sin anunciarse a aumentar la pobreza de los que ya no tienen pan.

En otra vertiente, aparentemente contraria, esta el hijo que se convoca a la vida para solventar soledades, vacíos afectivos y problemas convivenciales de sus padres, el hijo mercancía que se compra, se vende o se comercia por partes, el hijo mascota que el interesado escoge caprichosamente al amparo de una avanzada tecnología genética y que se exhibe con orgullo de propietario o se rechaza como si de materia fungible se tratara; en fin, el hijo percibido como derecho y propiedad de sus progenitores y que al momento de la partición de bienes entra en negociación como los muebles, el carro o el apartamento, pero con una salvedad: estos siempre poseen valor real y como tales son apetecibles siempre por las partes en conflicto ; en cambio, aquel, el hijo, es carga pesada que, en ocasiones, nadie quiere soportar.

Pero el hijo no es un derecho de los padres aunque los padres tengan derecho a procrear hijos y aunque estos vengan a través de sus padres no poseen menor entidad que ellos, ni son de su propiedad. Poseen, como sus progenitores, la misma dignidad, los mismos derechos, haciéndose merecedores también de las mismas oportunidades, porque son igualmente personas humanas llamadas a la perfección y a la felicidad y por tanto ostentan, por su misma condición un carácter finalista que no da cabida a la mediatización y sólo permite ante ellos una actuación amorosa.

3. La educación familiar:

Nuevas modalidades en la convivencia familiar han dado paso a nuevas percepciones de la educación familiar; prácticas sensatas y oportunas, algunas de ellas improcedentes, y hasta aberrantes otras; pero todas medidas con el mismo rasero, como si de cosas equiparables se tratara.

La educación familiar es, antes que nada, educación informal; sin que ésta informalidad pueda equipararse a anarquía, arbitrariedad, improvisación o irregularidad.

Los progenitores, como personas maduras y responsables que deben ser, han de implementar para ellos, y sus hijos, una convivencia grata, respetuosa, enriquecida y motivante que sustente un proceso de mejora personal en todos los miembros de la familia, incluidos los ocasionales o temporales, como parientes y amigos que pasan una temporada en casa, empleados(as), circunstanciales o estables y demás personas que durante algún lapso de tiempo participan de la vida familiar.

Esta convivencia antes descrita, no posee valor en sí misma si no está respaldada en unos objetivos educativos claramente diferenciados, reflexionados y materializados en actividades concretas, siempre sustentados en lo que Max Scheller denominó un *ordo amoris* o principios y valores jerarquizados, compatibles y realistas que ofrecen andamiaje fuerte a un escenario familiar que soporta por igual lo lírico y lo romántico, lo prosaico, lo trágico y lo tragicómico; porque en todos estos elementos está hecho el entramado de la vida.

Un proyecto educativo de éste tamaño lo incluye todo sin excepciones de ningún tipo. Aquí caben la vida y la muerte, los infortunios y la buenaventura, los amores y los odios, la existencia mortal y la eterna.

El objetivo de ésta educación familiar no puede ser la paz entre los convivientes aunque si las cosas se hacen bien, la paz será el máximo indicador de competencias y logros adquiridos. Mientras vienen éstos, no hay que tener a la confrontación, la contradicción, las lágrimas y los disgustos, porque la perfección tiene un costo que vale la pena pagar.

A la educación familiar no se enfrenta la educación formal, aunque las nuevas realidades de la familia la propongan hoy como alternativa más o menos nítida o como única opción posible ante la ausencia –como suceso muy grave- de proyecto educativo familiar.

La educación formal siempre ha de tomarse como ayuda subsidiaria a una educación familiar que ostenta la titularidad y el protagonismo, porque son los padres quienes poseen la autoridad natural y son los directos responsables del proceso formativo de sus hijos, porque por propia voluntad los han traído a la vida, y los aman, por tanto, incondicionalmente.

Cuando la educación formal asume el protagonismo, el proceso de personalización es frágil, la humanización del educando está amarrada a

pedagogías cambiantes, no pocas veces caprichosas, la meta es el éxito y el modus operandi es la competitividad que da origen a la exclusión, el estrés, el miedo y por sobretodo, la relativización del valor y la dignidad individual.

Alguien afirmará que también en las familias se compete, sobretodo, cuando los recursos con que se cuenta son limitados y la prole es numerosa en términos netos o relativos.

Es verdad, también en la familia hay competencia, pero en condiciones normales, ésta competencia no excluye ni discrimina; menos aún, busca la aniquilación del contrincante; antes bien, da cabida a la solidaridad, la tolerancia, la protección de los más frágiles, sobre todo cuando está signada por el amor incondicional de los padres que refrena, distribuye con justicia, vela por el interés de los débiles y reparte a todos estímulos, premios y sanciones a tenor de los merecimientos individuales.

Desafortunadamente hoy, a la educación familiar convergen dos realidades de carácter negativo que la reducen peligrosamente. De un lado, el trabajo de ambos padres con frecuencia reduce su presencia en casa a su mínima expresión, sea porque minimiza significativamente el tiempo neto de convivencia, sea porque hace a éste tiempo de convivencia de muy mala calidad por el cansancio de los padres o porque éstos deben atender lo urgente, en detrimento de lo importante.

De cualquier forma que sea, no cabe culpabilizar a éstos padres que al llegar a casa están de tal manera agobiados por su rutina laboral, que sólo aspiran a obtener paz y tranquilidad aún al costo de congelar la cotidianidad del hogar. “Haz lo que quieras, pero déjame en paz”, es una expresión que se escucha con frecuencia de los labios de éstos abrumados progenitores.

De otro lado, está la presión de una sociedad que descalifica a los padres como educadores aptos, generando en ellos inseguridad frente a una tarea que es presentada como compleja, ingrata y muy propia de pedagogos y especialistas. La educación entonces, se transada de lo formativo a lo informativo, de lo vivencial a lo teórico, de lo simple y natural a lo complejo y tecnificado que convida más a la “buena vida” que a la “vida buena”.

4. La autoridad:

Pocas variables de la vida familiar han sido tan vapuleadas por los nuevos vientos como la autoridad. De ser nutrición, soporte y promoción del hijo que crece y madura en lento proceso, pasó a ser opresión, dominio y fuerza que se impone sobre el débil, restándole espontaneidad, protagonismo y capacidad para disfrutar la vida sin interferencias.

Para un sujeto que lleva en sus genes el germen de la perfección, la autoridad está de más y su presencia sólo entorpecería un proceso autorregulado que se reciente de toda manipulación externa. En el reino animal, los progenitores no poseen autoridad sobre sus crías y éstas obtienen la perfección natural y la madurez a la que están llamadas sin mayor necesidad de modelo y menos aún de premios y castigos.

Para la persona, un ser libre que se perfecciona a sí mismo con ayudas, sin la asistencia de procesos genéticos automáticos e ineludibles, la estructuración de una conciencia moral, que surge en la intimidad de una persona, a partir de una autoridad externa, única pero multiforme, que premia los aciertos, sanciona los errores, motiva, promueve e invita a la reflexión, es condición indispensable para evitar el mal, y seleccionar de entre lo bueno lo mejor, a partir de un accionar autónomo que beneficia a su autor y a quienes lo rodean, propiciando alrededor de éste un clima amoroso y humanizante, como conviene a personas que aspiran a la perfección.

No es gratuito que el 92%¹ de un grupo de 60 alumnos que asistían a mi cátedra; de afectividad y sexualidad, provenientes de todas las facultades de la universidad de La Sabana de Bogotá en el año 2002 afirma en un ensayo que debían elaborar sobre la autoridad paterna, que la autoridad ideal en los padres era la que se ejercía “democráticamente”; siendo ésta conducción democrática la que deja amplio margen a la espontaneidad y cuando propone, consulta los gustos, las tendencias y las disposiciones del hijo, sometiendo las decisiones a consensos y negociaciones. A éste modelo “ideal” enfrentaban el padre de corte autoritario que impone su voluntad al hijo, por la fuerza, la intimidación o el chantaje. Entre los dos extremos propuestos, colocaron el padre abandonista, que por comodidad renuncia a ejercer la autoridad, amparado en la tesis Roussoniana de que “el niño nace bueno, y la sociedad lo corrompe”.

Bien a las claras se ve que ninguna de las tres propuestas se conjuga con la verdadera autoridad, y todas coexisten hoy en mayor o menor grado en cada familia, sin que su mezcla logre aminorar los efectos indeseados de cada una de ellas por separado.

5. El tema religioso:

Es probable que pueda asociarse el deterioro de lo que en líneas anteriores se denominó “educación familiar”, con un descenso marcado de la formación doctrinal religiosa en el seno de la familia que a su vez coincidió con un abandono

¹ Para quienes se cuestionan el origen de tal unanimismo he de informar que la consulta en Internet fue la constante en todos los ensayos.

muy significativo de la piedad familiar, que en términos prácticos, quedó reducida a una liturgia dominical y poco más.

La formación doctrinal escolarizada, en la gran mayoría de los casos se convirtió en una asignatura inespecífica, dictada por personas no siempre piadosas y creyentes, y en ocasiones, ni siquiera informadas del tema religioso que hacían de la cátedra un espacio ambiguo en el que se ventilaba casi cualquier temática.

Basta mirar los textos guía de la asignatura de religión, para entender la gran ignorancia religiosa que afecta hoy a la mayoría de los denominados “creyentes”.

Hace poco, un programa de televisión puso en evidencia el fenómeno en forma descarnada: De entre los asistentes a un programa concurso que evalúa conocimientos generales, ninguno de los participantes, que previamente se declararon católicos, sabía los 10 mandamientos, ni el Credo.

A éste vacío doctrinal que es sólo la evidencia de un gran bajón en la vida de fe, la piedad y la observancia religiosa, le acompaña un franco deterioro de las conciencias, agravado por una ética laicista, que en el terreno de lo social sólo reconoce espacios a una moral de consensos marcadamente relativista. Todo lo demás ingresa al estigmatizado terreno de los “moralismos”. No en vano afirma Ugo Borghello en su libro “la crisis del amor”, que todo el que alcanza el éxito está seguro de tener la razón.

Sustentar un planteamiento moral, o por lo menos llegar a respetar acuerdos, leyes y consensos, sin Dios, es, cuanto menos, ingenuidad y desconocimiento de la naturaleza humana.

Donde no hay una conciencia bien estructurada – y todos sabemos lo difícil que es encontrar una conciencia bien estructurada, al margen de una buena formación doctrinal religiosa- es fácil admitir que se posee uno que otro defecto, pero la auténtica culpa siempre será de los demás.

Pero no es sólo el déficit de formación moral representado en una deficiente estructuración de las conciencias, el único problema evidenciable hoy en las familias, en el campo religioso; A su lado, corre paralela una grave sensación de inseguridad que antes denominamos “la condición de expósito”.

Ya van siendo bastantes – entre padres e hijos- que, con posterioridad a la separación conyugal, se sienten solos e inermes. Cuantas madres solas tratando de sacar adelante a sus hijos; cuantos hijos arrastrando una orfandad inexplicable, para ellos y oprobiosa por cuanto pertenecen al número creciente de hijos huérfanos con padres vivos; cuantos hijos en hogares disfuncionales que

enfrentan a diario la amenaza de una separación; y a todas éstas personas signadas por el abandono real o posible, el problema se les agrava por un vacío de formación doctrinal religiosa que abone una fe en un Ser Superior misericordioso, justo, padre amantísimo y sustentador de toda paternidad, sin el cual, cualquier ser se siente expósito y arrojado a un mundo hostil que produce miedo e inseguridad.

No cabe duda que en ausencia de una buena formación en la fe, que de cabida a la certeza, la seguridad o cuando menos a la esperanza – que no es poca cosa – se levantan por doquier diocesillos de menor rango que ofrecen respuestas ingenuas a problemas complejos y agobiantes. El recurso natural, el ecologismo como doctrina purificadora, la madre tierra (gaia) como seno nutricio y regazo protector que posee vida en sí misma y la reparte a los demás vivientes, las curas desintoxicantes, la música que genera paz interior, la meditación como técnica que permite recuperar la armonía con el universo, y otros mas que traen a la memoria aquellas frases de infinita sabiduría pronunciadas hace 2000 años por el mismo Dios, hecho hombre: “caminan errantes como ovejas sin pastor” y son llevados por “ciegos que guían a otros ciegos”.

6. El trabajo, como fin de la vida humana:

En estricto sentido, la afirmación consignada en éste título, no es precisamente la que describe la concepción actual del trabajo.

La gran mayoría de las personas que hoy están dispuestas a sacrificarlo todo por el trabajo, no lo hacen convencidas de que éste en sí mismo, constituya un valor supremo. Inclusive, muchas de ellas le asignan una calificación de signo negativo, en cuanto lo asumen como mal necesario que comporta rutina, explotación del fuerte sobre el débil, agotamiento físico y / o mental, y una inversión en tiempo, no recuperable, que ocupa el mejor tramo de la vida humana.

Con excepción de aquellos que podrían calificarse como adictos al trabajo y que plantean su vida en función del trabajo, por el trabajo mismo, la inmensa mayoría de los que aparentemente lo sacrifican todo por el trabajo, en realidad no lo hacen por éste sino por el éxito que supuestamente consiguen a partir de él.

El éxito, y no el trabajo es el verdadero ídolo moderno en el cual se sacrifica la familia, el crecimiento personal, el servicio a los demás, la mejora del entorno físico, etc.; bajo el supuesto de que el éxito y lo que representa – dinero, poder, calidad de vida- es el verdadero valor que puede resarcir a la persona de todas las posibles y supuestas pérdidas generadas por el trabajo.

El como ésta mentalidad fue penetrando nuestra cultura y sobre todo, como se fue introduciendo al proyecto educativo familiar, hasta volverse la razón íntima de la formación para el trabajo, es un cuestionamiento que excede los alcances de ésta obra ; pero quizás si puede afirmarse que algo tiene que decir al respecto, la progresiva y creciente homogenización de los países pertenecientes a la cultura occidental, alrededor del ideal de vida norteamericano, altamente, influido por una moral y una visión de la vida de corte calvinista, en la que prosperidad terrena y predestinación van de la mano.

En éste orden de ideas, la familia se perfila como la institución más afectada. Calidad y cantidad de tiempo de convivencia familiar son variables francamente afectadas por extenuantes jornadas laborales, que tienden a aumentar, no por imposición patronal, sino por voluntad del asalariado que cree acariciar una mejor calidad de vida a partir de unos mayores ingresos. En la realidad, el aumento en la calidad de vida es discutible, pero los medios masivos de comunicación continúan manteniendo la ilusión, estimulando el crédito, el consumo masivo, y un gusto desmedido por las novedades que generan alrededor del trabajador un cepo atenazante que lo mantiene atado a su trabajo, mientras su mente acaricia cotas supuestamente altas de calidad de vida, de pronto más virtuales que reales.

Es probable que el trabajo actual comporte formas más sofisticadas de opresión y esclavitudes más refinadas que las vividas en épocas pretéritas, toda vez que los esclavos de hoy lo son material, psíquica y espiritualmente, mientras los de antes sufrieron una esclavitud física, pero su mente y su corazón siempre abrigaron ideales libertarios.

7. Relaciones intra familiares, relaciones extra familiares:

De una familia aislada, cuya apertura social se agotaba en unas relaciones de vecindario o de consanguinidad, se fue pasando paulatinamente a una familia de pocas y pobres relaciones intra familiares, pero muy abierta al medio social; así fue como aquellos que se asomaban a un mundo en extremo reducido por intermedio de un correveidile de pueblo o de pequeño barrio, empezaron a recibir en su casa a dos eficaces chismosas, con tentáculos en el mundo entero, excelentes comunicadoras, de gran credibilidad, magnífica reputación, y aparentemente, muy dóciles a la hora de ser excluidas de la intimidad familiar. Radio, y televisión al comienzo, -luego se les sumaría Internet, posteriormente- entraron sin anunciarse al interior de los hogares; primero como multiplicadores eficaces de información, cultura y recreación; luego como altavoces de ideologías y corrientes políticas, y más tarde, como instrumentos eficaces e insustituibles para uniformar costumbres, generar consensos, suscitar necesidades y proponer soluciones a renglón seguido; sustituir principios, proponer nuevos valores y nuevas pautas de valoración, y en fin, bajar el tono a la reflexión y sustituir la

razón por el sentimiento, dando paso a un nuevo paradigma: “siento, luego existo”.

A medida que se va agotando el espacio de intimidad familiar, las relaciones entre los diferentes miembros de la familia se van haciendo ocasionales, frágiles, superficiales, y entonces lo que se aprecia del espacio hogareño, no es el compartir sino el espacio privado que permite a cada quien refugiarse en su propio reducto, poniéndose a cubierto de agresiones, intromisiones e interferencias, dando por sentado que quienes interfieren con su privacidad son los miembros de su familia, aunque su metro cuadrado sea invadido por la TV, la radio y el Internet que en realidad no son percibidos como intrusos, sino como proyecciones de sí mismo.

Restar espacio a la reflexión íntima, -solo posible en la soledad y el silencio- minimizar el trato con los más cercanos, a quienes se les denomina “los míos” y a quienes se ama incondicionalmente, es hacer concesiones a la vida vertiginosa y centrada en lo externo, a las agresiones venidas de una dinámica social competitiva que no pocas veces atropella y agrede, y es dar cabida a los subproductos del raquitismo psíquico y espiritual, a saber, estrés, angustia vital, depresión, vacío existencial.

Contra éstos últimos, nada pueden los gimnasios, las técnicas de relajación y las añoranzas naturalistas, mientras no se corrija la pobreza espiritual que subyace en todos ellos.

No falta quien afirme que el patriarcalismo fue sustituido por la familia nuclear y que las pobres relaciones de vecindario reducido fueron cambiadas por una socialización amplia que hace parte de una apertura global. Pero, los nuevos fenómenos asociativos que empujan a los jóvenes al pandillismo bajo el mando de un jefe autoritario, o los grupos familiares débiles, muchos de ellos monoparentales que se agrupan en grandes inquilinatos o a la sombra de un capo que provee, protege y se cobra con fidelidad incondicional y “pequeños servicios” ¿no son un reencauche del patriarcalismo en tiempos de apertura?”.

Otros más lanzan verdaderos torpedos a la naturaleza inmodificable de la familia, hablando de tipologías familiares que colocan en el mismo canasto la moneda legítima y la falsa, el fruto en sazón y el malogrado, bajo el supuesto de que la normalidad no existe y en cambio si debe haber aceptación y tolerancia para quienes pretenden dar patente de corso a malas imitaciones.

Existen las familias bien constituidas y las mal constituidas; que no por mal constituidas dejan de ser familias. Existen las familias funcionales y las disfuncionales, y agregado a esto, una gran cantidad de circunstancias

temporales o definitivas que transforman el escenario familiar en una multiplicidad tal que bien podríamos afirmar que cada familia posee una “tipología” que le es propia , y en medio de esta aparentemente caótica diversidad, hay algo que permanece en todos los casos: Un hombre y una mujer que libre y responsablemente conviven, sin límite de tiempo en una donación mutua y amorosa que lleva implícita la fecundidad no solo biológica, materializada en unos posibles hijos, sino también psíquica y espiritual, representada en su propio crecimiento personal y en la mejora de la sociedad que los alberga.

Querer llegar a más o reducir a menos, los límites nítidos de la familia, es sembrar desconcierto, y no pocas veces allegar dolor y dificultades adicionales a unas relaciones interpersonales ya de suyo complejas.

Cuando la familia, que es fuente de amor, respeto, tolerancia, solidaridad y aceptación, se desnaturaliza, la seguridad que ella debería aportar a sus miembros se transforma en miedo y los vínculos amorosos e incondicionales que normalmente la sustentan, son sustituidos por dependencias anómalas o intercambios empobrecidos, muy frecuentemente alimentados en el conflicto.

¿Podría hablarse de crisis de la familia?

En estricto sentido no. La familia, como institución natural que es, no esta en crisis, ni lo estará, a menos que ocurra algo muy grave a nivel de la masculinidad y la femineidad que de al traste con la atracción entre los sexos, y por tanto malogre el sustrato físico, psíquico y espiritual del amor conyugal, haciendo imposible la posibilidad de estructurar vida familiar con los presupuestos arriba consignados. En cambio, la crisis de las familias; algunas familias, muchas familias, si es desafortunadamente cierta, creciente y preocupante.

Díganlo, sino, las rupturas, los divorcios, el abandono del hogar por parte de uno de los cónyuges, el aumento inusitado de hogares monoparentales y la gran cantidad de hogares recompuestos que no pocas veces empeoran los conflictos, haciéndolos irreversibles.

Y en el fondo de éstas crisis, en las cuales las estadísticas abultadas cubren con un manto de normalidad, lo que a título individual, ya con nombres y apellidos, son verdaderas tragedias familiares, subyacen dos situaciones que a riesgo de parecer simplistas, son la fuente misma del problema.

I.) Imposibilidad para asumir compromisos:

Aquellos que unen sus vidas en el matrimonio a cuenta de que el otro los haga felices; más que asumir un compromiso, plantean un condicionamiento al vínculo, prácticamente imposible de ser satisfecho, porque la felicidad no es una dádiva que alguien graciosamente aporta desde afuera, sino un estado interior que refleja una forma específica de ser o de caminar por la vida. Por supuesto, ésta felicidad no es ajena al amor que los cónyuges se tienen entre sí, porque si asumimos felicidad como posesión de bien amado, el recibir la dádiva de la entera realidad del otro en cuanto cónyuge, cuando el otro es percibido como un bien sin el cual la vida no tendría sentido, es razón más que suficiente para ser feliz.

Pero en la práctica ésta no es precisamente la forma como se asume el matrimonio hoy en buena parte de los casos. Al otro no se le ve como un bien tan valioso que merezca un amor incondicional, sino como un recurso o un medio, querido en cuanto me puede hacer feliz. Esto es ni más ni menos, la instrumentalización del cónyuge en orden a obtener una felicidad y una satisfacción en solitario, porque la felicidad o la satisfacción del otro no es lo que está en juego, sino mi propia y exclusiva felicidad.

Ya se ve con alguna claridad que querer y amar no son lo mismo ni generan la misma dinámica. El querer es movimiento de la voluntad hacia algo que se visualiza como necesario para conseguir un fin, en éste caso, la felicidad. El otro entonces es solo un medio para conseguir el objetivo propuesto. Aquí no cabe la fidelidad sino la conveniencia. El otro es recurso valioso mientras me haga feliz. En el caso contrario, su razón de ser pierde vigencia, convirtiéndose en una realidad sustituible por otra más eficaz para obtener el fin propuesto, o simplemente desechable, que para el caso viene a ser lo mismo.

Amar, en cambio, es adherirse incondicionalmente a un bien, que al ser percibido como valioso, reclama fidelidad; más aún cuando esta objetivado en una persona que por su condición de tal, siempre será un fin en sí misma y nunca un medio.

Dietrich Von Hildebrand, en su obra “la esencia del amor”, asume éste como una capacidad de dar respuesta al valor que ha sido detectado en el otro.

No cabe duda de que en condiciones normales, el ser humano es capaz de detectar valores y responder a ellos. Hasta aquí podríamos afirmar que todo ser humano, entonces, es capaz de amar. El problema estriba en que esa capacidad para descubrir valores y luego responder a ellos, no es algo fáctico que se apodere de la persona en algún momento de su vida, coincidiendo con un estado de madurez que bien podría catalogarse como automático e ineludible. Antes bien, es un proceso gradual, muy dependiente del proceso educativo, que va generando en cada sujeto lo que Max Scheller denominó “ordo amoris”, o escala de valoración que permite

adjudicar valor a las circunstancias, a las cosas y a las personas, en función de unos intereses previamente reconocidos.

Ya con esto puede afirmarse que el “ordo amoris” no es el mismo en todas las personas, e indirectamente puede deducirse que los niveles de maduración tampoco son homogéneos en grupos poblacionales de características similares, y por tanto, la capacidad de valorar o descubrir valores, no es la misma en todos. Así alguien reconocerá y dará respuesta a valores tan de bulto como la condición sexuada del otro, sin mayores discriminaciones. Si este tal es, a vía de ejemplo, un hombre heterosexual, le bastará detectar la condición femenina de la otra persona para sentirse elementalmente atraído por ella, y responder a ésta atracción deseándola sexualmente.

Otro más, con un ordo amoris más “elaborado”, no se sentirá atraído por cualquier mujer, por el solo hecho de ser mujer, sino que buscará en ella juventud, belleza, sex appeal o una dosis adecuada de sicalipsis².

Y así podemos seguir avanzando hasta encontrar a alguien que no solamente esta en condiciones de captar todos los anteriores, sino también otros muchos valores de orden superior como la simpatía, la inteligencia, la nobleza de carácter, la generosidad, la prudencia, la finura, la sensibilidad y en fin, toda esa gama de valores humanos que pueden adornar a alguien, haciéndolo tanto mas “amable”, cuanto más valioso. Pero aun éste no ha superado el umbral de la madurez que le permita hallar en la otra persona el valor fundamental que cuando es conocido da paso el verdadero amor, que reclama, no solo reconocimiento, sino también, y sobre todo, la rendición o la entrega total de la propia persona, fiel, permanente, sin límite de tiempo, en exclusividad, con total incondicionalidad; este valor fundamental es un valor ontológico y radica en la persona misma, no en sus cualidades, capacidades o posesiones.

Hildebrand, en la obra citada anteriormente, afirma que no se ama a alguien por la capacidad que tiene para entretener o satisfacer al otro, porque no sería el amado sino un simple payaso o bufón, al mejor estilo de quienes halagaban a los reyes en las antiguas cortes medievales. Se ama al otro por lo que es como persona; que es tanto como afirmar que se le ama por lo que es en su totalidad, sin excluir nada, a sabiendas de que gran parte de lo que la persona es, escapa a nuestra percepción, más aún, a nuestra comprensión.

Todo lo anterior puede resumirse en forma sencilla así:

En el camino hacia la madurez, que es, ni más ni menos, el camino hacia el amor, quien lo completa, llegando a su feliz culminación, pasa por tres estadios, a saber:

² Malicia sexual, picardía erótica.

- 1- Tender: Como pulsión instintiva mediada por una madurez biológica- hormonal, comienza en la pubertad y se manifiesta plenamente en la adolescencia. Es una tendencia elemental hacia el objeto sexual, indiscriminada y poco determinada al comienzo, pero cada vez más específica a medida que se avanza en edad y madurez.
- 2- Querer: Como selección del “objeto sexual” en función de parámetros específicos y puntuales, muy dependientes de unas circunstancias y un proceso educativo previos. Querer a alguien es tanto como afirmar: “te encuentro importante e inclusive necesario para mi felicidad, porque tu posees las cualidades que en mi personal forma de entender la vida, son indispensables para ser feliz”. Así las cosas, el querer es una adhesión al otro, circunstancial y selectiva, en lo que ese otro tiene de apetecible y útil para mi felicidad. Se da por sentado, que sobre la marcha, estas cualidades positivas podrán venirse a menos o ser opacadas por otras negativas, en cuyo caso el “objeto” perderá interés y podrá ser rechazado o reemplazado por otro que satisfaga más perfectamente los requerimientos estipulados.
- 3- Amar: Como respuesta al valor que el otro en cuanto “objeto sexual” encierra en la totalidad de su persona. Esta respuesta bien podría representarse así: “Ahora que te descubro, mi vida ya no tiene sentido sin ti, y mi felicidad será real y aumentará en la medida en que te conozca cada día más”. Este amar, que es un verbo, no un sustantivo, tampoco es material fungible que se deteriore o se consuma en el uso y más se parece a un contemplar inteligente que aumenta y perfecciona el conocimiento que se posee del otro, aumentando los motivos para permanecer fiel a ese valor representado en la persona del amado.

Adicionalmente, el amado no es inerte. Muy al contrario, es, como ser personal, inteligente y libre; por tanto, se auto posee y puede entregarse al amante, siendo esta entrega una comunicación del bien poseído que perfecciona y estimula el amar, generando felicidad. El amor pues, como sustantivo, es resultado y producto eximio del amar, no su causa. Por esto, quienes afirman que han de separarse porque entre ellos se acabó el amor, están sumidos en una confusión terminológica de efecto siniestro. A partir de su error apreciativo, están declarando la crisis del amar, y por tanto la inexistencia del amor como su fruto mas perfecto; cuando en el fondo lo que se ha acabado es una simple pulsión o tendencia instintiva hacia el otro, o cuanto más, un querer poquitín, caprichoso que sacrifica el querer de ayer en los altares de la novedad de hoy³. No es difícil deducir que la incapacidad para asumir compromisos, no es, ni mucho menos, argumento contra la existencia del amor o

³ Para quienes estén interesados en profundizar estos conceptos, el autor recomienda un lúcido ensayo de Jorge Mario Posada e Indalecio García, aparecido en la revista “pensamiento y cultura” N° 4 del instintivo de humanidades, Universidad de la Sabana, Fecha: ¿? , Pág.: ¿?

razón de peso para afirmar que el amar esta en crisis. Cuando mas es prueba adicional para comprobar que el problema de fondo responsable de la gran mayoría de las crisis matrimoniales es la inmadurez.

¿Hacia dónde camina la familia?

A una cultura que se enorgullece de haber llevado los límites del conocimiento hasta horizontes nunca antes sospechados, bien le cabe una crítica, que no por dolorosa, se convierte en injusta: La sola posesión del conocimiento no hace a nadie mejor o peor, porque una cosa es informar y otra muy distinta formar. Si un proceso educativo se alimenta a partir de la “curiosidad” y no de un honesto, ordenado y dirigido proceso de formación, el resultado final no podrá ser jamás un ser humano maduro. Cuanto más llegaremos a un ilustrado consumidor de novedades.

II) La desnaturalización de la sexualidad:

Decir que el ser humano es sexuado, no es lo mismo que decir que el ser humano hace sexo. Lo primero se refiere a una condición ontológica o constitutiva primaria que abarca la totalidad del ser personal, desde lo físico hasta lo espiritual en dos modalidades únicas: masculina y femenina.

Lo segundo -que hace sexo- se refiere únicamente a una funcionalización o instrumentalización de la condición sexuada que se modaliza o se materializa de múltiples maneras a saber: Heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad y otras más que la imaginación humana pueda implementar caprichosamente.

Ser homosexual, bisexual o heterosexual, no hace parte de mi constitución primaria, o en otras palabras, de mi condición sexuada; en cambio, si da razón de mi inclinación hacia un objeto sexual, sin que mi condición sexuada cambie.

Un varón no deja de ser varón por el hecho de tener como objeto sexual los animales, los cadáveres o algún fetiche hacia el cual dirige su inclinación sexual. Estas, que son conductas adquiridas y no condiciones constitutivas primarias, jamás desplazarán la condición sexuada original de varón o mujer.

De otro lado, esa condición sexuada original, puede estar acompañada de circunstancias que alteren la funcionalidad, más no la condición misma, masculina o femenina. Es el caso de la ambigüedad sexual congénita de muy variadas etiologías, del transexualismo, hormonal o quirúrgico, del hermafroditismo o pseudohermafroditismo, de los trastornos genéticos ocurridos sobre los cromosomas sexuales, de las circunstancias de crianza que puedan afectar la percepción personal de la propia sexualidad, etc.

Esta condición sexuada que a todos acompaña, determina una específica forma de ser y están en el mundo permeando todos los actos humanos, desde los más elementales, hasta los más elaborados. Sexuada es la manera de sentir de una persona, como sexuada es su forma de amar; siendo ésta condición sexuada la que configura una afectividad psíquica, física y espiritual, que unidas a la inteligencia y la voluntad, asexuadas de suyo, como potencias que son, constituyen el núcleo mismo de la persona, o corazón, del que emanan todos los actos personales.

Si así se asume la sexualidad humana, el tema es rotundo y esclarecedor; en cambio, si se le asigna menor entidad y categoría, tiñe de ambigüedad y rebaja todas las actividades humanas que con el se relacionan.

Esto último, es justamente lo que ha sucedido con la sexualidad en el terreno de la conyugalidad. La familia asiste, por un lado, a una infortunada trivialización del tema, que reduce la sexualidad a una función biológica placentera. De otro lado, esta permanentemente bombardeada por una verdadera avalancha de estímulo sexual que erotiza hasta la saturación la sensibilidad de chicos y grandes, que buscan por igual, aunque de diversas formas, según su capacidad, dar un desfogue a ésta, que por su intensidad y sus efectos, es una verdadera agresión.

En todos, niños y ancianos, varones y mujeres, solteros y casados, la sexualidad es una fuente de energía potencial, que una vez activada, genera, o mejor, libera una energía suficiente para dar satisfacción al dinamismo generado por el estímulo, sin importar los obstáculos que se interpongan o dificulten dicho dinamismo.

En los niños, su inmadurez constitutiva no permite que esa energía liberada pueda encontrar salida por los cauces propios de la sexualidad; Entonces se desfoga en las conductas violentas y explosiones de agresividad que el sujeto no sabe ni puede contener.

En los púberes y adolescentes, el estímulo sexual desmedido dispara una energía sexual genitalizada que busca satisfacción por vía del auto estímulo o de la sexualidad orientada al otro; siendo este otro un objeto sexual aún difuso o indiferenciado, lo que da pie a estados pasajeros de homosexualismo o a un heterosexualismo, signados ambos por la promiscuidad.

En los adultos, la energía sexual puede destinarse voluntaria, libre y conscientemente al servicio de Dios y de su Iglesia en el celibato sacerdotal y religioso; o encausarse dentro del matrimonio, a una persona en concreto en el marco de la sexualidad conyugal de varón y mujer; o simplemente derivarse a estados temporales de enamoramiento, que bien pueden clasificarse, en expresión de Ortega y Gasset, como “estados transitorios de enajenación mental” que mantienen a la persona fuera de si y sujeta a un objeto sexual de vigencia limitada, hasta tanto aparezca en su

horizonte sexual un nuevo objeto, más atractivo y seductor que el presente. Para éstos, el otro es un ser estimulante que se disfruta desde la genitalidad, y puede incluso ser condimentado con ayudas externas del tipo de la pornografía, las drogas, y sustancias potenciadoras del rendimiento sexual, los aditamentos erotizantes o las conductas sexuales anómalas, tipificadas en el terreno de las parafilias.

La infidelidad conyugal, un juego mortal:

Que la sexualidad no puede confinarse en el reducido campo de la genitalidad, lo confirma, sin lugar a dudas, la infidelidad conyugal.

Desde el simple romance, aún sin genitalidad, pero con un desplazamiento afectivo hacia una tercera persona, hasta la relación estable con componente sexual que sustrae de la unión conyugal tiempo, dinero, afectos e intereses, con desmedro grande de ésta. Todos los casos de infidelidad conllevan un irrespeto grave a la dignidad del ofendido, incumplimiento de compromisos adquiridos y debilitamiento de los lazos que unen a los cónyuges; amén de que sobre la confianza, que es un pilar fundamental de la conyugalidad, actúa como un verdadero torpedo que la hace saltar en mil pedazos y sobre el proyecto educativo de los hijos, se cierne como una nube negra que presagia grandes tormentas a futuro.

Quizás lo más pernicioso de la infidelidad no sea el hecho mismo, que por supuesto es grave y deplorable, sino la forma como es percibido por el cónyuge ofendido. Una vez intuida la falta, todo en el compartir conyugal es una creciente acumulación de evidencias que van dejando al descubierto ese efecto cáustico y disolvente que ejerce sobre la convivencia conyugal y familiar la infidelidad.

El culpable interrumpe o merma la comunicación con su cónyuge porque teme quedar en evidencia por algo que pueda decir; se torna hosco, suspicaz, incapaz de acercamientos afectivos o sexuales; participa poco de las actividades familiares, llega tarde a la casa, y en los días festivos, escapa a la primera oportunidad; su rendimiento laboral disminuye, presenta señales evidentes de estrés e inclusive su salud se ve afectada significativamente; reaparecen hábitos previamente superados, como consumo de licor, tabaquismo, y uso de sedantes o hipnóticos y el mal genio, la explosividad y las conductas violentas menudean.

Si el amor familiar es un sistema de vasos comunicantes, es perfectamente comprensible que no sólo el cónyuge afectado se resienta del hecho, sino que también los hijos, prontamente, dan señales evidentes de haber sido afectados por el problema, así su nivel de comprensión del fenómeno sea mínimo. La rebeldía, el retraimiento, el mal rendimiento escolar, el temor a ser abandonados por uno o ambos padres, la inseguridad en su actuación, el tornarse excesivamente dependientes o demandantes y el retroceder a estadios previos de maduración ya

superados, son apenas una muestra de lo que puede suceder con los hijos en éstas circunstancias.

No pocas veces los padres envueltos en éste problema de infidelidad hacen de sus hijos mayores, adolescentes o adultos jóvenes, sus confidentes y consejeros, introduciéndolos de lleno a un campo de la vida de sus padres que no les corresponde y que al momento, está totalmente minado. El resultado, con frecuencia, es una radicalización sin matices frente a lo sucedido, enigmatizando o absolviendo al culpable sin fórmula de juicio; criticando ácidamente una u otra posición y llegando a precipitar la ruptura definitiva entre sus padres, con toda la carga de efectos negativos que ésta acarrea para todos, pero sobre todo, para el futuro familiar y conyugal de los mismos hijos.

No puedo olvidar el caso de una adolescente a quien su madre – una mujer profesionalmente exitosa y muy responsable frente a su familia, pero severamente afectada por la infidelidad de su esposo- comisionó para seguir los pasos de su padre en busca de evidencias que certificaran su infidelidad. El trabajo fue hecho a conciencia. Ningún investigador privado lo hubiera hecho con tanto esmero. Los resultados, en cambio, a corto, mediano y largo plazo, para la hija- confidente- investigadora no pudieron ser más ruinosos.

A pesar de que sus padres siguieron unidos y el problema de la infidelidad se fue solucionando paulatinamente, ella desarrolló un profundo rencor hacia sus dos progenitores. A la madre, aún ahora de adulta, le critica su pasividad y el descuido de su relación conyugal por culpa de su trabajo profesional. Al padre lo desprecia por su machismo, la irresponsabilidad con que maneja sus obligaciones familiares, y sobre todo, la ingenuidad con que se dejaba manipular por mujeres de menor categoría que él.

Posteriormente, en su noviazgo, manejo la relación con un estilo distante, frío y no pocas veces dominante, que alternaba con episodios de ternura y cariño, muy apreciados por su novio, pero de los cuales ella se arrepentía amargamente, interpretándolas como “debilidades” o “deslices”.

Después de un noviazgo prolongado y matizado por escenas de celos, conflictos muy ruidosos sin causas aparentes y reconciliaciones sinceras y tiernas, se casó con el firme propósito de no repetir los problemas de sus padres. Y bien que no los repitió, aunque en realidad, sus conductas como casada generaron en su matrimonio problemas más graves que los de sus progenitores. Tres años después de la boda se consumó la separación, ante la imposibilidad del desdichado esposo de consumar el acto matrimonial. El rechazo que ésta mujer desarrolló hacia la figura masculina, a partir de las experiencias vividas con su padre, fue de tal magnitud, que cualquier intento de su marido para realizar un acto sexual completo, terminaba en un delicado

rechazo, unas rebuscadas excusas, o cuando el paciente esposos se empeñaba, un severo espasmo de músculos pélvicos que convertía la relación en una frustrada violación.

La sexualidad conyugal, una expectativa inflacionaria:

La atracción sexual entre el varón y la mujer, posiblemente sea, sin que quepa mayor duda, el recurso más poderoso para garantizar la procreación humana. De igual manera, podría afirmarse que en todos los tiempos, desde que el ser humano comenzó a caminar por ésta tierra, la atracción sexual y las satisfacciones que lleva implícitas la sexualidad, sean quizás, una de las razones más fuertes, aunque no necesariamente más importantes, para justificar una convivencia de pareja.

El tema, que ya había llamado la atención de hombres de ciencia y pensadores ilustres del pasado, fue catapultado a los primeros espacios del interés público por Sigmund Freud y desde entonces no ha cesado de tener su valor en alza, aún a costa de causar mucha reserva y hasta zozobra en científicos, educadores y público en general.

De ésta plusvalía de lo sexual, que ha afectado por igual a simpatizantes y detractores, surgió una nueva crisis al interior de la conyugalidad⁴. Frente a una sexualidad altamente publicitada, magnificada hasta límites absurdos, y reivindicada como uno de los más grandes derechos de la persona, hasta el extremo mismo de convertirla, primero en metáfora, y después en la materialización misma del amor.

En los tiempos más civilizados del período romántico, el acto sexual entre amantes era el colofón más digno, lógico y esperado a un largo proceso de enamoramiento. Primero era el amor limpio, casto, contemplativo; después era la seducción, y por último la consumación de ese amor – dentro o fuera del matrimonio- como fruto más apetecido, pero claramente diferenciado del gran tema.

Hoy, a cualquier acto carnal, con tal de no tratarse de una violación, se le denomina eufemísticamente “hacer el amor”. Nada extraño, por tanto, que con los mencionados antecedentes, el imaginario popular haya convertido el acto conyugal en camino y meta de la misma felicidad. Esto sin contar que cada vez son más los que, iniciando la relación sexual en el noviazgo mismo, le dan también la categoría de punto de partida.

No sería tan malo contar con un tan maravilloso recurso, como cemento de unión de la relación conyugal, si no fuera porque ese imaginario popular, que agiganta hasta el

⁴ Cuando a ésta crisis se la denomina nueva, se hace referencia a la denuncia del hecho, más que al fenómeno mismo, que debe ser tan viejo como el hombre mismo.

delirio las bondades de la sexualidad, con la complicidad grave de los medios de comunicación, choca contra una realidad en el matrimonio mismo, que no alcanza, ni siquiera mínimamente, a compensar las expectativas de los implicados. El sexo de la vida real no guarda ninguna relación con la epopeya gloriosa, apasionada y exultante de películas y telenovelas. Ese sexo artificial de los cuerpos perfectos, los gemidos de placer y los orgasmos sincronizados, todo esto sucediendo en los escenarios más insólitos y bellos, no puede jamás compaginarse con la sexualidad de la vida corriente en el lecho conyugal exultante, atractiva y feliz. En cuanto es asistida por el amor, la ternura y el deseo de agradar al otro, pero rutinaria, grotesca y hasta inofensiva e irrespetuosa, cuando solo persigue la simple satisfacción del deseo.

Dicho en forma directa y compacta: La sexualidad es una energía maravillosa, capaz de llevar a feliz culminación cualquier tarea sobre la cual se aplique, porque ella cobija todas las actividades humanas; asistida por el amor, es el medio de comunicación más perfecto para hacer real, frente a los otros, la entrega de la propia persona, con manifestaciones diferentes según la relación que ilumine, porque ella las abarca a todas; y en términos biológicos es una fuente de placer tan gratificante y atractiva como ninguna otra sensación. Pero debe ser para todos un conocimiento cierto, porque la experiencia lo ha probado hasta el cansancio, que ningún matrimonio puede mantenerse, ni siquiera bajo parámetros mínimos de convivencia, solo sostenido en la atracción y el disfrute de una sexualidad biofísica.

6. Lo posible, lo útil y lo necesario

A medida que el relativismo va invadiendo, lenta y paulatinamente, todos los espacios de convivencia interpersonal; la moral fundamentada en principios y normas explícitas va cediendo el terreno a una actuación espontánea, regulada desde dentro de la persona misma, a partir de mínimos acuerdos sociales sustentados por la voluntad de las mayorías; no siendo éstas, unas mayorías absolutas, sino simplemente unas mayorías estadísticas que dan lugar a una moral de consensos.

El establecimiento de estos consensos no es resultado precisamente de un proceso de estudio y reflexión, sino el fruto de estados afectivos generados por los medios de comunicación con campañas, éstas sí, muy bien estudiadas, estratégicamente diseñadas y sostenidas en el tiempo que fuere necesario, hasta obtener los resultados esperados.

El común de la población no enfrenta el tema de la eutanasia a partir de lecturas al respecto, ni con asistencia a foros de especialistas en bioética. Lo hacen en cambio cómodamente sentados en una sala de cine, ante un Film de muy buen diseño, con actores de primera calidad y una trama que seduce al espectador a partir de una linda historia de amor entre dos personas ancianas, una de las

cuales es liberada de una enfermedad cruel, progresiva e incapacitante, por su propio cónyuge, que al quitarle la vida siente que le está haciendo el más hermoso y tierno regalo de amor.

De igual manera, los jóvenes se asoman al problema del homosexualismo, no a partir de un estudio y un reflexión desapasionados, sino a través de telenovelas, programas de humor u obras de teatro que presentan a los miembros de la comunidad gay como un grupo de personas simpáticas e ingeniosas injustamente estigmatizadas por personajes moralistas y antipáticos que tratan de hacerles la vida imposible a ellos y a todos los demás.

Otro tanto puede ocurrir con una clonación, la comercialización de tejidos humanos o la fertilización artificial. Al hecho no se le enfrenta con cabeza fría, en un debate desapasionado y abierto, sino envuelto en la bruma de las casuísticas personales, en contextos muy afectivos o pragmáticos.

Para promover el uso del condón se habla de los millones de abortos y personas infectadas por el Sida en el mundo. Para promover el aborto terapéutico se habla de los millones de muertes por embarazos no deseados; y así sucesivamente, las estadísticas se convierten en comodines que todo lo justifican, sin que por parte alguna aparezcan las palabras educación y responsabilidad.

Con facilidad pasmosa se pasa de lo posible a lo útil y de aquí a lo necesario, sin solución de continuidad y en este corto trayecto, la palabra moral, o el concepto de éticidad son, cuanto más, convidados incómodos que retardan el adecuado fluir de la ciencia y las tecnologías de punta.

Lo realmente grave de este proceso es la actitud pasiva de la familia, que asume, o mejor sufre todas las innovaciones propuestas en forma acrítica y sin oponer resistencia.

No hay un solo tema de bioética que se desarrolle sin el concurso, y más aún, sin el protagonismo de la familia. Lo extraño de todo esto es que todas estas cuestiones, altamente polémicas y muy comprometedoras de la estabilidad y funcionalidad familiar, son manejadas por “especialistas” que luego pretenden imponer sus conclusiones a los responsables de la familia, como si de infantes o limitados mentales se tratara.

El que algo sea útil o posible no quiere decir que sea necesario, ni mucho menos correcto.

Cuando la ciencia y sus avances tecnológicos se convierten en condición de posibilidad y único requisito para asumir cambios, el protagonismo de desplaza

de la persona a la ciencia y en este trasvase la dignidad humana y la moralidad ceden el paso a una ciencia todo poderosa que no reconoce límites, ni se supedita a ninguna autoridad por fuera de ella.

Una ciencia que no respeta límites ni códigos éticos, actuando sobre un dinamismo familiar pasivo, abierto y altamente sensible al cambio, dan origen a un nuevo orden en el que las prioridades se invierten, las categorías se transforman y los que antes tenían carácter de protagonistas libres, se convierten en conejillos de indias que soportan sobre sí un manoseo que desnaturaliza, deteriora y resta dignidad a la persona, mientras que erige a la ciencia en máxima instancia, no supeditada a poder alguno y por tanto omnipotente, pero ciega. Algo así como una nueva deidad que para su culto, reclama el sacrificar en sus altares la dignidad y la libertad humanas.

No cabe duda, por ejemplo, que los padres detentan entre sus prerrogativas, el derecho a engendrar hijos. Sin embargo, este, que ya es un derecho bastante maltratado, no significa que los padres posean derecho sobre sus hijos y menos aún, que una ciencia amoral, con una supuesta autorización de los padres, pueda manipular la vida humana, con criterios que a la postre han resultado más mercantilistas que humanitarios, como en un principio se quiso hacer creer.

Atar las células de la procreación humana –los gametos- a un trasegar científico que da origen a seres humanos –cigotos- que luego se manejan discrecionalmente, según avance de la ciencia y en la dirección que más presionen los consumidores, ni es ético, ni es práctico, por cuanto convierte a la genética en una ciencia en entredicho.

Que lejos parecen estar los días en que se hablaba de la manipulación genética como un servicio providencial a los padres que no podrían engendrar hijos en forma natural. Hoy, cuando ese ser humano en condición embrionaria, pero sin perder condición de persona, con todo lo que esto implica, se ha convertido en simples tejidos humanos o materia biológica que sirve a los propósitos de la ciencia como objeto de experimentación, tejidos de recambio, sustancia terapéutica, o simplemente material de deshecho que se arroja al vertedero, constatamos con horror que los eufemismos que pretendían suavizar esa intromisión indebida de la ciencia en un tópico muy importante de la vida familiar cual es el campo de la procreación, dieron paso a una grave violación de la dignidad humana, generando de paso una nueva variante de esclavitud que podríamos llamar “esclavitud genética”; materializada en seres humanos que fueron convocados a la vida solo para satisfacer las necesidades de otros seres humanos; unos como material fungible y otros como niños cuyas vidas fueron instrumentalizadas para llenar vacíos afectivos de sus padres.

Entre el niño que nace en el seno de una familia como fruto del amor de sus padres y el cigoto obtenido en un laboratorio como fruto de una clonación que busca órganos de recambio para un “cliente”⁵, existe toda una gama de posibilidades, unas de apariencia sensata, otras de apariencia quimérica, pero todas posibles y no pocas de ellas comportando tanta utilidad que parecen inclusive necesarias. Frente a todas ellas debe levantarse la familia, como el baluarte más fuerte de la dignidad humana para gritar a gobernantes, científicos, autoridades religiosas y sociedad en general, que la ciencia, o sirve a la persona, sin menoscabar su dignidad o es una fuerza ciega que puede llevar a la humanidad hacia la aniquilación.

En estricto sentido, lo único realmente necesario es la preservación y salvaguarda de la dignidad de la persona, porque solo hombres dignos y concientes de su valor pueden enrumbarse por caminos de perfección creciente. El caso contrario, un hombre no conciente ni responsable de su dignidad, es un ser degradado, cuya naturaleza esencialmente libre, no podría detener en su decadencia.

7. Que será de la familia en un corto plazo?

Es muy “improbable que en menos de una o dos décadas puedan darse en la familia inflexiones significativas que hagan pensar en un cambio de rumbo. Inclusive, es más posible que algunas de las tendencias actuales se acentúen en lugar de mostrar señales de cambio.

Fenómenos como la virtualidad que sin ser directamente negativos están deteriorando espacios muy sensibles del ser humano, como son la formación personal, la amistad, la sexualidad, el noviazgo, entre otros; avanzarán mucho antes de que su uso se racionalice, sus bondades se exploren al máximo y los abusos se hagan excepcionales.

Otro tanto podría afirmarse de las separaciones conyugales. En un movimiento pendular de gran magnitud, la conyugalidad pasó de una condición casi inamovible a una extrema fragilidad, que hace tambalear la unión de los esposos ante la más pequeña y aparentemente inofensiva eventualidad. Justamente esta fragilidad de la institución matrimonial actual, ha generado tanto desorden social, tanto dolor a título individual, tan negativas consecuencias para padres e hijos, que un gran interrogante se alza hoy para alentar a todos frente al hecho: ¿Qué tan preparados estamos hoy para acceder al matrimonio?.

⁵ El término “cliente” no busca en este contenido generar rechazo o impactar sino simplemente hacer caer en cuenta al lector que algunas tendencias en las ciencias médicas se conjugan sincrónicamente con las nuevas terminologías en uso.

En estricto sentido, antes del boom del divorcio, a nadie se le preparaba para el matrimonio; nadie se hubiera tomado en serio un estudio a fondo sobre la crianza y la educación de los hijos. Se confiaba en la sindéresis la sensatez y el sentido común. Aparte los lugares comunes del tipo “a los hombres no hay quien los entienda” o “a las mujeres es más fácil quererlas que comprenderlas” se daba por sentado que era suficiente la atracción entre los sexos y un vínculo legal, civil o religioso, que formalizara la dicha atracción; lo demás era responsabilidad de las partes, mucha gracia de Dios, y no pocas veces, dosis ingentes de resignación y tolerancia por parte de alguno de los implicados.

Hoy no falta la gracia de Dios para quien la solicita, pero cada vez más personas se convencen de que adicionalmente hay que estar preparados para constituir un matrimonio, aunque no haya aún mucha claridad sobre la forma de conseguir esta preparación y las características y calidad de la misma.

Positivo de todo esto es el hecho de que las personas aspiran a una conyugalidad de calidad; siendo los buenos matrimonios de hoy, en términos generales, mucho mejores que los de antes, más dados a defender una apariencia formal que a estructurar una convivencia respetuosa en el amor. Sin que quiera esto decir que hoy no se privilegien en algunos casos las apariencias o que antes no se dieran verdaderos paradigmas de uniones amorosas, estables.

Igualmente acrisolador es el dolor de muchos, víctimas de una trivialización del vínculo conyugal, que se convierten en testimonios, a veces patéticos, de lo que puede significar en estos casos la improvisación, la intolerancia y la superficialidad.

Las estadísticas de signo negativo hoy, con seguridad elevarán tarde o temprano los motivos y la capacidad de lucha de muchos seres sensibles que no querrán repetir en sus vidas los desaciertos de quienes los precedieron.

Otros tópicos como el deseo de regresar a lo natural, la búsqueda de espacios para la reflexión, la necesidad del cultivo de la intimidad consigo mismo para conocerse interiormente, la sed de espiritualidad no pocas veces mal orientada, pero casi siempre sincera y bienintencionada son otros tantos factores a favor de la esperanza: porque aunque algunos pretendan desconocerlo, la humanidad camina hacia la perfección y la familia no puede estar ausente de esta tendencia.

Chiclayo, agosto 2006.